

Conferencia “Diálogo mundial intercultural”

Simposio “Pensar el siglo XXI. El mundo cambiante y las Islas Baleares”

Mallorca, 4 de abril de 2003.

Por: Prof. Federico Mayor Zaragoza

El siglo XX terminó con grandes rupturas y contrastes. A la aceleración del desarrollo científico, los grandes avances en el área de la comunicación y las innovaciones en el campo de la tecnología, se contraponen la pobreza, la exclusión y el desamparo de tantos seres humanos, hasta el punto de morir cada día de hambre (!), en un genocidio de olvido y desamparo, más de 30.000. El siglo que heredamos ha sido el más civilizado y el más bárbaro, el más brillante y el más oscuro de la historia. Entramos al siglo XXI entre luces y sombras que nos obligan a reflexionar e imaginar.

Frente al fenómeno de la mundialización y ante los cambios geopolíticos que suscitan guerras, conflictos, marginación social y migraciones de todo orden, se han despertado sentimientos de identidad cultural exacerbados y excluyentes. En 1989, al hundirse el muro de Berlín, esperábamos que, por fin, emergerían con fuerza los pilares de la democracia global, con unas Naciones Unidas dotadas de los efectivos humanos y financieros necesarios. En lugar de consolidar el “Nosotros, los pueblos”, que los EEUU lideraron en 1945, sucumbieron ante la tentación de que “Nosotros, los poderosos” dirigieran ahora los destinos del mundo. Es evidente, por los conflictos que estamos viviendo desde el 11 de septiembre de 2001, incrementados ahora por la guerra de Irak,

que es en el ámbito cultural donde debemos hacer un mayor esfuerzo para fortalecer lazos de comprensión, diálogo y tolerancia de forma que la libertad, la igualdad, la justicia y la fraternidad continúen siendo los principios bajo los cuales toda la humanidad se siente una y unida; es decir para que se cumplan, para todos, los Derechos Humanos.

El profesor Samuel Huntington en un artículo publicado en 1993 planteó el choque de civilizaciones que luego desarrolló en su libro “El choque de civilizaciones y el reestablecimiento del orden mundial”, publicado en 1996. El tema central de su argumento era que los próximos conflictos mundiales no iban a producirse por diferencias ideológicas o económicas sino de civilizaciones, como la occidental, la islámica, la confucionista, la japonesa, la hindú, la eslava y la latinoamericana. Invitaba a debatir tanto a escolares como a políticos de todo el mundo, sobre cuál sería la estructura deseable para la “aldea global” que estaba emergiendo. Pronto se ha demostrado que no eran ideológicas o religiosas, sino económicas y geopolíticas, las motivaciones que han llevado de nuevo al uso de la fuerza. Hoy más que nunca en el pasado, debemos esforzarnos en oponer la unión de todas las culturas, etnias y creencias a la fuerza bruta de los tanques, misiles y cazabombarderos. Todas las voces juntas, en un clamor mundial, para – voces y manos unidas – convencer y dialogar en vez de vencer e imponer.

Frente a la aparente confrontación de las ideologías, la diversidad cultural articulada, amalgamada, interactiva para, en lugar de provocar conflictos, evitarlos.

¿Estamos preparados para el siglo XXI?. *La revolución científica* de nuestro tiempo, ha conducido, desde múltiples certezas a un océano de dudas e incertidumbre. Al filo de las luces y las sombras tenemos, al fin, la posibilidad de reconciliar saber y sabiduría, y aliar sus virtudes. Hay que aceptar la limitación del poder que la técnica confiere al hombre sobre el hombre, en nombre de la ética y la sabiduría. El reto es de calibre, y el desafío, real. Adoptemos una visión clarividente, orientada al futuro, y echemos una ojeada retrospectiva sobre el mundo. Sembremos hoy las semillas del futuro y sigamos atentamente su crecimiento: mañana nuestros hijos recogerán los frutos de nuestra anticipación.

Tenemos que transmitir a las generaciones venideras una herencia que no esté irremediablemente empañada y contaminada. Se trata de legarles el derecho a vivir con dignidad en una tierra preservada. Esto afecta, sobre todo, a lo que constituye el marco vital, esta nueva preocupación de nuestra época. Afecta igualmente a cierto número de condiciones esenciales para la calidad de vida: cultura, educación, salud y nutrición, y a unos valores universales perennes, como la justicia, la igualdad, la libertad, la tolerancia y la solidaridad.

Si queremos proteger a nuestros descendientes, hemos de reconocer, aceptar y gestionar ante todo esta paradoja fundamental: el progreso compartido y la convivencia armoniosa son una cara de

la moneda; la posibilidad de destrucción irreversible, de caos, de hondos desgarros sociales, es la otra. Esta lucidez constituye la primera exigencia de nuestros deberes respecto de las futuras generaciones. No transferir responsabilidades que nos corresponden por entero: ¿cuál ha sido el resultado de confiar al “mercado” la dirección de la economía mundial en lugar de guiarla por los principios que el pueblo había encomendado con sus votos? Aceptar la limitación del poder de la técnica y la economía, actualmente ilimitado, por la ética y la sabiduría, éste es ahora el planteamiento que se impone. A la técnica y la economía hay que aplicar la máxima de Montesquieu: “El poder absoluto corrompe absolutamente”. A la ciencia hay que recordarle la frase de Rabelais: “Ciencia sin conciencia no es más que la ruina del alma”.

La educación – adquirir “soberanía personal”, elaborar respuestas propias y saber argüir en su defensa – es mucho más que información. Consiste en aplicar a la información la capacidad distintiva de la especie humana: pensar, inventar, crear. La tecnología de la información constituye una herramienta muy valiosa. Sin embargo, corremos el riesgo de afrontar, también aquí, la brecha entre los infóricos y los infopobres, las “inforrutas” e “infogrutas”. ¿Cómo integrar a los marginados de las autopistas de la información? El Presidente de África del Sur nos ha recordado que “hay más líneas telefónicas en Manhattan que en toda África subsahariana” y que “la mitad de la humanidad no ha telefoneado nunca”. Para los 600,000 pueblos que aún no tienen luz, ¿qué significan las autopistas de la información?

Junto a sus evidentes ventajas, los sistemas de comunicación pueden contribuir a la uniformización cultural, a la globalización de actitudes y conductas. La diversidad cultural es nuestra riqueza. La unidad alrededor de unos principios intransitorios nuestra fuerza. La interacción cultural y el mestizaje, el sustento para la creatividad, distinción de la especie humana, indispensable para resolver los desafíos de cada día.

Diversidad infinita – la vida es “formas sin fin”, como escribió Charles Darwin en su cuaderno de notas en las islas Galápagos – en permanente evolución, tanto en el plano físico como intelectual. Debemos defender permanentemente, estando alerta día y noche, esta diversidad para evitar, como advertía Enrique Badosa en su “Balada dedicada a los jóvenes”, que les ahorman el pensamiento, que dejen de actuar según sus cavilaciones y actúen al dictado de próximas o lejanas instancias de poder.

Estoy convencido de que la riqueza de la humanidad reside precisamente en la diversidad, y que debemos luchar para que las diferencias se mantengan, pero eliminando prejuicios y estereotipos. La diversidad debe ser sin fin, pero con unos valores universales que sirvan de nexo. Cada ser humano es único e irrepetible, con una realidad y unos conocimientos propios, fruto de su propia reflexión, que no deben ser obstáculo para ampliar su conocimiento de los demás, lo que conducirá a una mejor comprensión de las actitudes y los valores que comparten con todos los seres humanos. Distinto al instante precedente y ulterior. Distinto, creador y, en consecuencia, inmensurable e imprevisible.

El único ser que sabe que sabe, que es capaz de “ver” el universo, el único cuya proyección no es lineal y, por tanto, fatalista. El único capaz de pensar lo que nadie todavía ha pensado y de hacer lo inesperado. En lo inesperado está hoy buena parte de nuestra esperanza.

Las culturas florecen y fructifican en el encuentro y el intercambio con otros valores y formas culturales. Como escribió Octavio Paz: “Toda cultura nace del mestizaje, del encuentro, del choque con otras culturas. Y a la inversa, es el aislamiento, la obsesión de la pureza lo que mata a las civilizaciones”. La evocación de Octavio Paz nos lleva al encuentro de culturas y complejas interculturalidades provenientes de sociedades diversas que dieron origen a formas originales de mestizaje biológico, cultural y religioso. Este mestizaje e intercambio de valores que en vez de extinguirse en la contienda de los opuestos, coexiste en el vigor comunicativo de las culturas, es lo que llamamos interculturalidad, que significa respeto, conocimiento y aceptación positiva de lo diferente.

La lucha no es sólo por la diversidad sino por el pluralismo, que es el reconocimiento, la promoción y la defensa de la diversidad. ¿En qué medida se afecta por la tecnología? ¿La desigualdad de reparto actual facilitará la aparición de nuevas formas de violencia, dominación y marginación? ¿No estará tentado, quien controla el medio, de controlar también el mensaje?.

La alteridad es uno de los desafíos del Siglo XXI, que da consistencia a la conciencia universal, contribuye a desarrollar un pensamiento universal que nos permite comprender la realidad local

a partir de una visión amplia del mundo y de la historia. De ahí que las nuevas solidaridades del mestizaje dan fundamento a la cultura de paz y preservan la diversidad cultural .

La interculturalidad promueve relaciones, intercambios y soluciones imaginativas para resolver problemas que no pudieron ser resueltos en los estrechos espacios de una cultura. A través de la interculturalidad accedemos a la fecundidad continua de formas que se fusionan y transforman para dar vida a las identidades. El mestizaje y la interculturalidad son, por tanto, elementos constitutivos de la cultura de paz, tanto en materia de prevención como de solución de conflictos. El mestizaje basado en valores universales y no sólo en formas culturales, es lo que permite vivir la igualdad en la diversidad.

Las Naciones Unidas, en su resolución del 21 de noviembre de 2001, sobre el Programa “Diálogo entre civilizaciones”, establecen la necesidad de promover encuentros para mejorar la comprensión entre los pueblos, paso previo para mejorar las relaciones entre naciones y como forma de enriquecimiento de las diferentes culturas del mundo.

El diálogo cultural debe manifestarse en los contactos personales, en la práctica creativa e intelectual, y no únicamente en una política y una acción oficial. Este diálogo debe ser una decisión libre tomada por quienes han elegido cruzar la frontera existencial. Como decía Alain Touraine, la comunicación intercultural debe conducir a la “construcción de formas generales de vida social y

cultural”. Debe significar el encuentro de individuos y grupos con el fin de movilizar las características básicas, símbolos y mitos de sus respectivas culturas en un terreno compartido que es nuevo para todos y no “pertenece” a nadie.

La clave para que este diálogo se materialice reside en la educación. Educación a lo largo de toda la vida, como fuerza emancipadora, liberadora, como forjadora de un comportamiento “personal”, decidido con total autonomía por cada persona. Educación, según las recomendaciones de la Comisión Jacques Delors, para aprender a conocer, a hacer, a ser, a vivir juntos. Para la interacción, para el enriquecimiento recíproco, para el respeto a los demás. Educación para aprender a emprender, para aprender a atreverse. Recuerdo – lo he contado muchas veces – la impresión que me causó la frase que figura en el emblema del Condado de Oxford: “Sapere aude”, atrévete a saber. Después, mi propia experiencia me ha demostrado la importancia de saber atreverse, ya que el riesgo sin saber es peligroso, pero el saber sin riesgo es inútil.

Educación para saber escuchar y expresarse, sabiendo que nadie puede imponer sus puntos de vista. El desacuerdo es normal, es natural. Lo que no lo es, es el conflicto. Las diferencias religiosas, lingüísticas o culturales no deben utilizarse como pretexto para el conflicto. Todos debemos ser, todos debemos pensar. La interacción es esencial. Por el contrario, el aislamiento conduce al declive.

Para formar ciudadanos del mundo es necesario contemplar la tierra en su conjunto, ser concientes de la globalidad, de los seis mil cien millones de seres humanos que comparten nuestro destino. Recuerdo con emoción aquella niña uruguaya que, cuando en una excursión escolar contempla por vez primera el mar, exclama: “Maestra, ayúdeme a mirar!”. Esta es la gran labor de los maestros, de los padres, de los tutores. Esta es la gran tarea también de los medios de comunicación: ayudar a los jóvenes, a todos los ciudadanos, a mirar, a contemplar, a observar el conjunto de la tierra y no sólo su entorno más inmediato. Permanecer a la escucha de los jóvenes y procurar que ellos, a su vez, permanezcan a la escucha. Es así como, poco a poco, la palabra sustituirá a la espada, la voz a la fuerza y la imposición. Es así como se logrará que no se resignen, porque piensen que “no hay remedio”. Es imprescindible que los jóvenes conozcan la inmensa fuerza que poseen si no se rinden ante el acoso de un inmenso poder mediático, de una sutiles maniobras de disuasión. Nunca con violencia pero con firmeza y claridad, la voz de la juventud, la voz de la gente hará que otro mundo sea realmente posible. Harán posible que en el escenario del siglo XXI aparezcan, junto a los poderes tradicionales, los ciudadanos, las mujeres, los hombres, los jóvenes y los niños, hasta ahora nunca presentes en las representaciones de las distintas etapas de la historia.

El diálogo debe estar encaminado a evitar la afrenta y suprimir la dominación. Debemos trabajar por un espacio de encuentro que de cobijo a todos los pueblos y, para ello, lo primero que tenemos que hacer es conocer la realidad. Debemos pensar que no sólo cuentan los saberes – más en “el norte” – sino la sabiduría – más

en “el sur”-. Más sabiduría en quienes tienen más tiempo para pensar, para sentir, para vivir intensamente. Porque hay muchos días que no saben si van a poder llegar a la puesta del sol, y esta gente que vive con tensión es la gente que crea. Conocer la realidad en su conjunto, porque no se es responsable si sólo se observa una parte del escenario, si hay parcialidad de pensamiento, de sentimiento, de compromiso y de acción. No podemos ser arrogantes en nuestro diálogo con otros pueblos, otras culturas. No podemos imponer modelos, dar recetas. Debemos oír la voz de esos otros pueblos y pedirles precisamente a ellos esas recetas, esos modelos. No existe ningún pueblo, por pequeño que sea, que no tenga una lección que dar; ni ningún pueblo, por grande que sea, que no tenga ninguna lección que aprender.

En este conocimiento global Europa tiene un papel muy importante que desempeñar como “Unión”. Hasta ahora ha sido una “comunidad económica”, pero no ha sido una unión, no ha actuado como unión. La unión tiene que ser una unión cultural, tiene que ser una unión de principios, tiene que ser la unión de la democracia, de la libertad, de la justicia. Europa no puede seguir siendo una fortaleza de abundancia donde no se tienen en cuenta los beneficios que nos proporcionan otros pueblos – a veces vecinos - cuyos recursos explotamos por la supremacía financiera y tecnológica.

Una palabra clave: compartir. En buena medida, las desventuras de hoy proceden de una distribución incorrecta y asimétrica de los bienes materiales y del conocimiento. El Obispo Helder Cámara,

nos recordó que más importantes todavía que los medios para vivir eran las razones para vivir. Estas razones que debemos aportar – las manos tendidas y nunca más la mano alzada – a quienes, cansados de esperar y de aguardar, se sienten excluidos, marginados, desamparados. En las Naciones Unidas se discutió en su día cómo tenía que ser el desarrollo y se concluyó que no sólo tiene que ser económico sino social y cultural. Tiene que ser un desarrollo endógeno, que proporcione a cada ciudadano de los países más rezagados capacidades y destrezas profesionales para que sean capaces de contribuir a la explotación de sus recursos naturales, para evitar esta vergüenza actual de países que están en la miseria cuando poseen grandes riquezas en sus yacimientos, minas, costas... Tenemos, pues, que fomentar un desarrollo que facilite la educación, la formación, la capacitación técnica necesaria.

El pasado, me gusta repetirlo, no podemos rehacerlo. Podemos describirlo, pero ya está escrito. En cambio, el futuro es el único legado que podemos ofrecer todavía intacto a nuestros descendientes. A ellos corresponde escribir las páginas del mañana y a nosotros nos incumbe garantizar que nadie se atreva a mancillarlas. Ciudadanos del mundo, con sus propias respuestas, no prestadas ni impuestas, para vivir en un contexto democrático, de participación, de representación genuina, de anticipación. Contexto democrático con iguales oportunidades de acceso a la educación, a la salud, a la vivienda, a la expresión artística, al ejercicio deportivo... .

En los momentos de crisis, dijo Albert Einstein, “sólo la imaginación es más importante que el conocimiento”. Imaginación para nuevos

diseños de futuro que atraigan a los jóvenes. Sus alas serán grandes y su vuelo alto si les damos lo mejor de cada uno: nuestra experiencia, las lecciones que la vida nos ha dado en días apacibles y borrascosos. Reforzar en cada uno las hebras del amor y de la amistad para que ejerzan de manera constante este sentimiento auténtico de la juventud, la solidaridad. Solidaridad con los menesterosos, con los que en un momento determinado necesitan con urgencia el apoyo incondicional, la voz amiga. Solidaridad y valentía para no mirar a otro lado, recordando aquella terrible historia de la Segunda Gran Guerra: “Cuando vinieron a por los judíos, no hice nada en su favor porque yo no era judío; cuando llegaron buscando a los sindicalistas, yo no hice nada en su favor porque no era de su grupo.... Cuando un día llegaron a por mí, no había nadie para protegerme”.

Compartimos un destino común. Todos en el mismo barco, todos intentando colaborar en que se fije el rumbo adecuado, todos preparados para disfrutar de los días de bonanza y para arrimar el hombro cuando se desate la tormenta. Todos, absolutamente todos, imprescindibles. Nadie sobra. Todos, a veces de forma difícilmente perceptible, dejamos nuestra huella. Todos necesarios, como tan bellamente expresara la Madre Teresa de Calcuta: “Es cierto que somos como gotas en el océano... pero si no existiéramos el océano nos echaría de menos”.

España ha pasado de país de emigración a país de inmigración en muy pocos años. Si de alguna nación caben esperar ejemplos es de aquella que, por evanescente que sea la memoria, recuerda las vendimias francesas y las colas en las puertas traseras de los

restaurantes suizos hace algo más de tres décadas. Más de dos millones de emigrantes españoles de 1960 a 1970. Estos datos de la historia contemporánea deberían conocerlos bien nuestros hijos y nietos. Esta es la historia que permitiría construir un futuro distinto. Hoy, país receptor de considerables fondos comunitarios, nuestro país sabe muy bien qué trabajos no querían hacer en 1965 los franceses y alemanes.

Los mejores "operativos fronterizos" son los innecesarios, los que se evitan con anticipación, con relaciones de buena vecindad guiadas por una política solidaria mutuamente favorable y no por los intereses económicos a corto plazo. Los actuales dispositivos disuasorios para el control de los flujos inmigratorios cuestan mucho dinero. Y representan un considerable peso de conciencia. El flujo es imparable cuando no se tiene nada que perder. Vivir o morir da lo mismo; vivir muriendo o morir viviendo.

El año 2001, más de 2500 emigrantes murieron tratando de entrar en Europa, intentando alcanzar las costas de la abundancia, de un continente de más de 350 millones de personas! El flujo anual de emigrantes es de unos 400.000 al año, según estimaciones ponderadas.

Debemos invertir más en seguridad ciudadana, en atención a los más necesitados, en prevenir el cansancio juvenil y la indiferencia, en moderar el extremismo, en construir un contexto social y cultural en el que los "hooligans", los ebrios, los drogadictos... vayan disminuyendo, por que la calidad de vida depende no de los bienes materiales sino de la esperanza, de la gozosa convivencia. Facilitar

la integración social, cultural y laboral del emigrante. Y perseguir con todo el peso de la ley a los desalmados que trafican con los sueños de pan y cobijo de los desheredados de la tierra, desde luego. Pero, por encima de todo, ir a las raíces de la inmigración, ayudar a que permanezcan en sus países, porque reducir el número de emigrantes, propiciar que vivan dignamente en sus lugares de origen, es la mejor solución.

Hemos "cosificado" el desarrollo, que no se expresa en términos de bienes materiales sino en la existencia de personas capaces de generarlos. Como ha escrito Juan Goytisolo, en "Argelia en el vendaval": "Hemos evacuado los conceptos de solidaridad, comprensión, bondad, de nuestro vocabulario y de nuestras vidas para transformarnos en atesoradores insaciables de objetos e imágenes huera, a costa de un reduccionismo desolador de la dimensión integral de ser humano. ¿No será ésta, a la postre, la auténtica y deshonrosa pobreza?".

Que todos conozcamos y respetemos los derechos humanos - empezando por el artículo primero de la declaración universal, sobre la igual dignidad de **todos** los seres humanos- en nuestra vida cotidiana. En esto consiste la cultura de paz y de no violencia que debe sustituir a la de fuerza e imposición que ha prevalecido hasta ahora. Desarmar la historia, despojarla de prejuicios y "clichés", que tanto daño han hecho, nos han hecho, que tantos enfrentamientos han provocado, que tantas vidas han costado.

Actuemos de tal manera que, poco a poco, hasta que los más recalcitrantes y desconfiados recuperen la esperanza. Que se den

cuenta que el futuro no tiene por que ser necesariamente igual que el presente y el pasado. Me gusta repetir que lo fundamental es "la memoria del futuro" todavía intacto, que puede escribirse con líneas menos torcidas, todas la manos juntas. Memoria del pasado para saber que las grandes transformaciones nunca se hicieron por la fuerza de las armas, sino por la fuerza de las ideas, de los ideales. Memoria para saber que la integración nunca se consigue por el interés y el dinero sino por el hilo conductor de la cultura, por el tejido denso de hilos distintos.

La cuestión esencial es que, en lugar de fortalecer un sistema jurídico internacional, con unos códigos de conducta aceptados por todos los países y, en consecuencia, con unos mecanismos punitivos adecuados, se ha debilitado el sistema de las Naciones Unidas, se ha tratado de reducirlo a una institución de magros recursos para la ayuda humanitaria y el mantenimiento de la paz postconflicto, cuando su misión es evitar la guerra y construir la paz a través del desarrollo endógeno, de la capacidad de cada país para explotar sus propias riquezas, comenzando por el talento, por las facultades creadoras de sus habitantes. Y no hay democracia si hay impunidad. Y seguirá habiendo tráfico ilegales e inmorales -de personas, armas, drogas, capitales- si no hay un marco democrático internacional. Un marco en el que compartir mejor no sea fruto del apremio sino de la previsión, no del miedo sino de los principios universales de decoro. La democracia es el único contexto en el que los problemas nacionales pueden hallar solución. Lo mismo sucede a escala internacional con los problemas supranacionales. La voz de todos los pueblos no puede sustituirse por la de unos cuantos, por la de los más poderosos. Sería una gravísima

incoherencia pretender que fuera una oligocracia, la que estableciera y asegurara el respeto de las normas de convivencia global.

Si los países más prósperos hubieran ayudado a los menos favorecidos con la cooperación internacional prometida, hoy no sólo serían buenos vecinos sino buenos clientes. En efecto, las naciones "en desarrollo" – más empobrecidas que pobres - menos favorecidas necesitan ideales democráticos, no modelos de fabricación ajena. Principios y prácticas universales, incorporados a cada cultura, a cada situación específica. La extensión reciente de "democracias llave en mano" a países que nunca habían conocido gobiernos designados por voluntad popular, ha puesto de relieve los peligros que amenazan al sistema democrático cuando se aplica precipitadamente sin que exista justicia y seguridad.

Europa, con una evolución demográfica regresiva, tendrá que importar mano de obra del sur. Que sea un proceso entre amigos y no entre resentidos. Junto a las medidas de seguridad inmediatas habrá que adoptar otras, a medio y largo plazo, basadas en principios y valores democráticos.

Hoy, más que nunca, el mundo es uno solo. Ya se trate de la difusión de un virus como el SIDA o de una pandemia causada por priones; de la contaminación de las aguas o el peligro de proliferación nuclear; de la emigración incontrolada o el narcotráfico, el destino de cada ser humano --cualquiera sean su sexo, su religión, su raza, su ideología-- está inextricablemente ligado al de **todos** los habitantes del planeta.

Por eso, abordar el “problema de la inmigración” desde un punto de vista económico -en términos de mano de obra- y de seguridad ciudadana, no sólo es erróneo sino peligroso. Simplificar un problema complejo significa no llegar nunca a su solución. Si centramos nuestra atención y esfuerzos en la necesidad de tomar medidas que restrinjan la inmigración o en las condiciones de repatriación de ilegales, en mejorar la vigilancia de nuestras costas y en establecer cupos y plazos de legalización, estaremos intentando poner diques al mar y obviando las necesidades de los que ya se encuentran entre nosotros. Es más, estaremos inhibiéndonos de la profunda transformación cultural y social que implica la presencia de estas *personas* en nuestro entorno social -especialmente a partir de la segunda generación- y de las oportunidades que esta evolución nos ofrece.

Presentar el fenómeno migratorio como un factor de desequilibrio equivale a cerrar los ojos a la realidad, pues, más que una **causa**, las oleadas de seres humanos que cada día llaman a la puerta de nuestras sociedades saciadas, son la **consecuencia** de un sistema de desarrollo que se nutre de la creciente miseria de tres cuartas partes de la humanidad y de la miopía de unos Estados que olvidan sus compromisos. La ayuda al desarrollo endógeno de los países en desarrollo con el 0,7% del PIB de los más afluentes; los acuerdos de la “Cumbre de la Tierra”, en Río de Janeiro, 1992; los compromisos de Copenhague en 1995 para el fomento del desarrollo social... todo ha quedado, en buena medida, en agua de borrajas. Y, así, cada día unos cuantos más opulentos y otros, la mayoría, más menesterosos. Unos, con gran sabiduría pero sin los

saberes que les permitirían explotar sus recursos. Otros, con saberes, pero sin la sabiduría que se requiere hoy en la “aldea global”, afanados en los beneficios inmediatos. El desencanto, el desamparo, la frustración surgidos de la pobreza y la falta de desarrollo democrático, social y educativo son la verdadera razón de la radicalización, de la violencia y de los flujos migratorios de quienes nada tienen e intentan acercarse a la mesa de la abundancia.

La relación entre la cultura -cuya expresión suprema es el comportamiento cotidiano- y el desarrollo constituye una de las pistas más importantes para salir de los atolladeros actuales. Si, como los caballos del carro evocado por Platón, la cultura y el desarrollo tiran cada cual para su lado, no cabe duda de que se condenan mutuamente al fracaso. Si el desarrollo no alcanza a consolidarse como capacidad endógena, la cultura se encamina hacia la homogeneización, la decadencia y el ocaso, si es que no cae en la tentación de replegarse en identidades cerradas, en la autarquía nostálgica o la violencia fundamentalista. Al mismo tiempo, el desarrollo solamente puede encontrar las articulaciones perdidas entre lo económico y lo cultural, si cada sociedad se reconoce en un sistema original de valores indisociable de su patrimonio de usos y creencias.

Sin embargo, precisamente cuando más convencidos estamos de la interacción mutuamente benéfica entre el desarrollo y la cultura, los peligros se acumulan. El de la banalización cultural por el comercio de las imágenes. El de la erosión de las culturas, como consecuencia de los embates de un desarrollo que se basa en

modelos prefabricados. El de la ruptura del diálogo y del intercambio entre culturas, que abre paso al odio y la violencia. El del triunfo del aislamiento sobre la unión, de la uniformidad sobre la diferencia, del azulejo sobre el mosaico, de la amarga victoria del fanatismo sobre la cooperación.

No hay mejor protección para una cultura que la intemperie, sin telones de acero ni muros de vergüenza. Las culturas sólo medran y fructifican en el encuentro y el intercambio fecundo con otros modos de pensar y sentir. La soledad y el repliegue, los recintos amurallados -que suelen estar defendidos por la intransigencia y el temor a la innovación- son precisamente los ámbitos donde las culturas se marchitan y acaban por agostarse. Olvidamos que la diversidad es riqueza, siempre que pueda convertirse en nexo de unión.

Es menester interactuar, vivir conjuntamente en un mundo que carece ya de compartimentos estancos, porque tiene un destino común. Necesitamos grandes dosis de conocimiento, de respeto de la diferencia y apertura, de par en par, a los demás. La paz duradera requiere la exaltación de la diversidad, de las “culturas mestizas y peregrinas” que, en decir de Carlos Fuentes, son nuestra mayor riqueza. La paz es fruto de la justicia, del diálogo, del entendimiento, de la coherencia entre la democracia a escala nacional y la “democracia” de unas Naciones Unidas con gran autoridad moral y capacidad de actuación, a escala mundial. En este mundo de 6.100 millones de habitantes, siempre algunos puede perder la razón. Pero debemos reducir al máximo los caldos de cultivo que pueden conducir a la desesperación. Desde siempre

ha imperado la ley del más fuerte y la imposición ha prevalecido sobre el diálogo. Los resultados han sido, ya lo hemos visto, catastróficos. Las guerras nunca resuelven las causas y dejan efectos - ¡a qué precio de sufrimientos y vidas! – que producen nuevos conflictos. Se sabe cuándo y cómo empiezan pero nunca cuándo y cómo terminan.

Las guerras no terminan cuando callan las armas, sino que prosigue durante mucho tiempo todavía, en detrimento de quienes no tuvieron responsabilidad alguna en el inicio de las hostilidades. El derecho a la paz de las generaciones del mañana es, parte esencial de la cultura de paz, cuya instauración debemos procurar con **nuestro comportamiento cotidiano**. Los cambios se realizan a escala de cada persona, del comportamiento cotidiano de los ciudadanos, del microcosmos de cada ser humano.

Por eso, a escala individual es necesario que las sociedades estén compuestas por ciudadanos libres e iguales, y dotados del bagaje que les permita ser dueños de su voluntad y su destino. De ahí que la educación sea mucho más que información, mucho más que instrucción. La educación es un proceso continuo que alcanza todas las dimensiones del ser humano a lo largo de toda la vida. La educación no es sólo tarea de los maestros y educadores. Es tarea de la sociedad en su conjunto. La sociedad educadora.

Somos depositarios y transmisores de aquellos valores universales e intemporales heredados de nuestros mayores. Valores inalienables y comunes a toda la humanidad que se refieren a la dignidad humana. Es el patrimonio, el tesoro que hemos de legar a

las generaciones venideras. Patrimonio que hemos de conservar intacto.

¡Aprender a vivir juntos!, mediante la educación permanente en la alteridad y la tolerancia. El artículo 1º de la Declaración de la Tolerancia, de noviembre de 1995, dice así: “La tolerancia consiste en el respeto, la aceptación y el aprecio de la rica diversidad de las culturas de nuestro mundo, de nuestras formas de expresión y medios de ser humanos. La fomentan el conocimiento, la actitud de apertura, la comunicación y la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión. La tolerancia consiste en la armonía en la diferencia. No sólo es un deber moral, sino además una exigencia política y jurídica. La tolerancia, la virtud que hace posible la paz, contribuye a sustituir la cultura de guerra por la cultura de paz”. Ciudadanos del mundo capaces de pensar, sentir, discutir... y de expresarse, de argüir con un léxico adecuado y plurilingüe. La juventud de los países prósperos, sin brújula, sin amparo, requiere estos principios sobre los que cada día renovamos nuestra esperanza y recuperamos nuestra sonrisa.

En Cartagena de Indias, escribí en marzo de 1994:

“... abrir los brazos
y puertas y ventanas
y los ojos y los labios:
que nada deje de ser visto
que nada deje de decirse
y ser recordado
y proyectado
y construido

con la fuerza
única, colosal
de la palabra”.

Diálogo intercultural. Por fin, la fuerza de la palabra prevalecerá sobre la espada. Que nadie que pueda hablar siga callado. Que un clamor de voces se eleve – nunca violento pero con firmeza y constancia – para construir el nuevo mundo que anhelamos.